

EL LIBRO DE GILMAR

Peldaños y candelabros

— No te detengas.

Habla con autoridad. Viste de gala pero parece disfraz. La fotografía no se borró. Conozco ese uniforme. La plaza del Caballito, en Potosí. El caballo a dos patas y el sombrero de picos en la mano. La estatua de Bolívar. ¿Qué niño boliviano no lo conoce? El uniforme como en la fotografía del libro. Pero parece disfraz. Él tiene la piel negra y rapadita la cabeza. Simón Bolívar no es. Al principio un nombre para reír dijo:

— Llámame Mocco.

— ¿Adónde vamos?

— ¿Mariela y Quyitu te acompañan siempre?

Conoce su nombre, el mío también. Recién Mariela hizo tres añitos. Quyitu creció entre los socavones del Cerro Rico. Anochece, el viento sopla. Tata bajaba de la mina y silbó. Quyitu temblaba hambriento, sucio. En peleas entre los perros del distrito minero la oreja perdió. Tata puso despojos de pollo en un cuenco. Quyitu corrió a esconderse. Quyitu miedoso. A la oscuridad esperó antes de regresar. Acabó con la ración cuando nadie lo vigilaba.

Le gustaron los despojos y decidió hacer vida con nosotros pues. Blanco, salvo las patitas y el círculo de piel oscura que le encierra el ojo. Lo llamamos Quyitu. Mama dice *quyitu* a los moratones de las peleas. Sin oreja pero un perro alegre. Desde que se quedó a vivir con nosotros acompaña a Mariela adonde vaya. Mocco se refirió a ellos como un problema.

— ¿Qué pasó?

— Sígueme, Gilmar. En tu libro también desaparecen.

Está bien. Las fotografías. Lo sabe. Carga con Mariela, levanta el candelabro. Quyitu y yo lo seguimos con dificultad. La escalera da vueltas y vueltas. Mejor no acercarse a la pared. La piedra brilla bajo la capa de humedad. Espero que Mariela no roce el ponchito. Siempre recibo las quejas de mamitay cuando Mariela se mancha. Mariela, Mariela, guapita te hacen las dos trenzas, hermoso sombrero mamitay te consiguió. No abras los ojitos, no te venga mareo. Las sombras hacen curva. Una escalera circular. Entre las grietas se acumulan depósitos de tierra blanquecina, como sal sucia. Sin el zumbido sonarían no más los pasos de Mocco. Como si calzara suelas de madera. Las lustrosas botas. Está bien. Desde que recuerdo me gustaron los botines brillantes y duros, con cordones de verdad, para atar y desatar. Nunca deshago el lazo de los botines. Los pusieron de adorno. Mama y tata prefieren zapatos grandes hasta que deje de crecer. Espero no escurrirme. Algunos baldosines suenan a roto. El zumbido sigue. Quyitu no se separa de mí. Creo que el miedo le volvió. Me pregunto cuánto faltará.

— ¿Debo llevar todavía la mochila?

Para colgar le añadieron dos cintas de hilos coloridos. Las costuras se cierran con un orillo de triángulos y círculos y de las puntas cuelgan hebras de colores también. La tapa se anuda con una trencita de los mismos hilos. Toda cosida con hilitos de colores vistosos. Mocco da importancia a la mochila. Está bien. Pero metí no más el libro escolar, el que pierde las fotografías.

— Falta poco, Gilmar.

Mariela mira por encima del hombro de Mocco. Guapita, guapita, Mariela. El candelabro ilumina la mitad de la cara. Me calma

verla relajada, con cara de amontonar arena con las manitas. Si está asustada no lo parece. Mírame, Mariela, voy con vos, no tengas miedo pues. Mariela, guapita. ¿Miedo? Ojos de desayunar, los que pone cuando mama le prepara el platito de mote. Me sonríe. Las mejillas se le hinchan. No se asustó. Cierra los ojitos, no te venga mareo.

— ¿Queda mucho?

Mocco atrasa el ascenso sin llegar a detenernos. Lo agradezco. Aprovecho para respirar. Huele a madera podrida. El zumbido. De repente el viento. Se escribe *wayra*. Viene y va el viento, viene y desaparece y viene. ¡Wa! Me sacudió la cara.

— No te acerques a la tronera, Gilmar.

Recién surgió en la pared. ¿La tronera? La primera vez que escucho esa palabra. La abertura se cierra cuanto más se hunde en la pared. La tronera dijo. Si me asomo quizá descubra adónde vinimos.

— ¿Qué hay afuera, Mocco?

— El mar. No te asomes.

Oíste, Mariela. Nunca nos llevaron al mar. ¿Te gustaría, Marielita? Los dos. Quiyitu también. El mar. Potosí queda lejos pues. ¿Cómo vinimos acá? Mama y tata tampoco lo conocieron. ¡Qué bueno verlo juntitos! El libro escolar lo enseña. El mar y los pescadores del Japón. Los ponchos de hule anaranjado, las redes. Tiraban de las redes tratando de sacar del mar un pez enorme que don Aquiles llamó atún. Al lado la fotografía de un velero, con más cielo que mar. Arquitos blancos alrededor. El *chasquiri* Jeremías conoció el mar antes de acabar en Potosí. Ahorita laborea como ayudante perforista en los cuadros más profundos, masca la coca por el carrillo derecho y habla con excesos. Entre perforaciones, durante uno de los descansos anunció al corro de mineros que él dominaba la natación, aunque nadie lo vio nadar una sola vez. Cruzaría el Cerro Rico sin salir del agua dijo. Escupió entre las risas de los mineros. Si no saliste del país qué mar le preguntaron. Pero conoció el mar como su mama lo conoció a él dijo. Los arcos blancos que rodean el velero de la fotografía son espumita de mar. Jeremías me lo explicó. El mar saca y saca espuma y la

espuma sirve para que el mar respire y saque el aire que guarda dentro. Espuma de aire y sal dijo. Los mineros reían. Aunque tata sea minero yo evitaré el laboreo en la mina. A las cinco ingresa sin esperar la luz. Media horita antes tata se desayuna el api caliente, prende la estufa de querosén bajo el fogón de barro. Descuelga el guardatojo que le protege la cabeza y sale para la bocamina. A veces dobla la jornada, quiere ganar más platita para nosotros pues. A la noche ni ganas de hablar. El picor de la garganta tampoco lo dejaría. Ni se queja por esperar hasta el domingo para el descanso. La mina es un oficio de azar. Con suerte no más aparece la veta metálica. Las minas del Cerro Rico. *Sumaq Urqu* sigue llamándolo mamitay. Explosivos, gas, filtraciones, derrumbes, depósitos de polvo de mineral en los pulmones. Muchos peligros, cientos de metros dentro del Cerro Rico, más de cuarenta grados y para evitarlo ustedes tienen que dedicarse a los estudios nos dice tata. Estudian dice. Pero en la escuela me llaman comepolvo. El hijo del minero que laborea bajo tierra. *Juku, juku, juku*. Ladrón de piedras por la noche me llaman. Prefiero el mar, los pescadores. Quizá hasta me retraten en fotografías internacionales. El libro escolar conserva las fotografías del velero y los pescadores japoneses. Otras desaparecieron. Mocco lo sabe. A poquitos cada día. Como si les robaran los colores. La capital francesa fue la primera. Nada pude hacer mientras se borraba. La primera de todas, otras fotografías después. Edificios, calles, puentes, gente en los mercados y los negocios y las ocupaciones del mundo también. Fotografías para las palabras y conocimientos, fotografías de educación internacional, de las que necesitan los niños para hacerse adultos. Sin fotografías nadie puede aprender del todo. Mi libro las perdía. Me asusté, pensé si don Aquiles pediría explicación. ¿Y si me acusaran? Un libro que pierde las fotografías, ¿quién lo aprovecha bien? Ni pensar que lo descubrieran. ¿Y en los libros de los demás? Lionel, Dylan, Rojas, Marvin, Jonathan Gabriel, Berto, Mauricio, Ronald, Luis, el Tato Chumacero y hasta Edwin, que pinta barbas y parches de bucanero inglés a los retratos y esconde bromas en los márgenes y trata el libro escolar como trapo. A ninguno se le borraron las fotografías.

— Gilmar, cuida de Mariela.

Mocco me ha traído a una sala iluminada. La piedra de la escalera sirvió acá para las paredes. La sal sucia entre los bloques. El zumbido también. ¡Wa! Los baldosines del suelo. Hermoso dibujo. Tardé en descubrir los peces. Uno grande deja hueco a otro chiquito que nada en la misma dirección. Olas de peces en un marecito para ellos no más. Baldosines de peces marinos, da pena pisarlos. Está bien. Seis paredes y tres puertas y tres aberturas estrechas como las troneras de la escalera. Marielita, aléjate de las puertas.

— ¿Dónde estamos, Mocco?

Elegante uniforme. Estatura de basquetbol para Bolívar. Las manos fuertes y grandes, ni un centímetro de espalda más en el uniforme. La envidia de los retratos. De oscuro y rojo el uniforme. La piel negra de Mocco hace más dorado el oro de los cordones. El cuello, los puños de oro también. El uniforme del Libertador. El sable lo olvidó. Mocco ha dejado el candelabro sobre una mesa enorme, en el centro de la sala. La tabla gruesa, dos pies de madera como columnas. La mesa del director Quiñones si la tabla fuera cuadrada. Porque a esta la cortaron de seis lados. Mariela, guapita, ven. ¿Adónde vas, Mariela? Niña caprichosa. En forma de pez los candelabros también. Cada pez como una ese, boca abajo, la cola en alto, donde se apoya la vela. Sobra claridad para iluminar la sala y la preocupación de Mocco. La fuerza con que aprieta la boca. El silencio de guardar secretos pues. Mariela ha corrido hacia Quyitu. Lo abraza como si no se vieran desde hace años. Mocco pone la mano en el mentón. Se cuadra ante una de las puertas, le brilla la cabeza negra, toda rapadita. El cuero de las botas brilla como nuevo. De pronto se vuelve. Cara de pensar.

— Esperaremos. El faro es seguro. No tardará.

Está bien. Pero no hay faros en Bolivia. ¿A quién esperamos? Un faro no más en Bolivia. La fotografía se conservó. Algún día lo conoceré. El Faro de Conchupata no guía a los pescadores ni ilumina la costa. Para que ondee la bandera tricolor lo construyeron. A quinientos kilómetros del mar. Tatitay nos prometió llevarnos a Oruro, a disfrutar del Carnaval, las comparsas de dia-

blos y morenos, los trajes coloridos. Visitaremos el Faro. Cuando Mariela se haga mayor. No le recuerdo seis paredes. Esperamos a alguien. Ni creo que estemos en Potosí ni en Oruro si el mar queda tan cerca, acá afuera. Mariela juega con Quyitu sin preocupación, no le importa adónde vinimos. Una ráfaga de viento atravesó la tronera, circula alrededor de la mesa. La llama de los candelabros ni se alteró. La ráfaga resuena en la sala, oculta el zumbido. Necesito asomarme afuera. Un faro dijo. Los baldosines de peces resuenan bajo los tacones de Mocco.

— ¡Gilmar, cuidado!

Demasiado elevada. Mocco me ayuda a alcanzar la tronera. El viento rabia. ¿Y el mar? Oscuridad no más, salvo unas luces temblonas. Cada poco una lucecita. Ni trato de contarlas.

— Estrellas.

Mocco aúpa a Mariela. Ven, guapita. Asómate vos con precaución, agárrate a la mochila.

— No son estrellas. Tampoco miras la noche, Gilmar. Cada luz es un faro. Hemos venido para consultar esas luces.

— Pero, Mocco, ¿y el mar?

— Toda esa oscuridad es el mar.

La boca abierta. ¿Cuándo lo evitaré? Peor si me observa un adulto. Abierta la boca porque toda esa oscuridad es el mar. ¿Adónde fue Quyitu? Mariela, no te asomes a este mar. ¿Habrá terminado tata el turno en la mina? ¿Sabrán dónde estamos? Que mamitay viniera en este momento sería bueno. Necesito que Mariela no se dé cuenta. Necesito saber un poco más:

— Mocco, ¿y a qué lugar vinimos?

— Siempre lo han llamado la *Costa de las Abejas*.

Abejas. El zumbido, Gilmarcito. ¿Lo entendiste? Desde que aparecimos en la escalera, desde que me colgué la mochila de hilos coloridos y vino la oscuridad. El zumbido de las abejas. ¿Cuándo ganó intensidad? Tampoco me tranquiliza que Mocco trate de calmarme:

— No te preocupes por ellas. Las abejas no son lo peor.

No sabemos nadar

Como de llegar con prisa. Mariela, no te asustes. Otro que se disfrazó. Pantalón oscuro y el saco de color blanco, hasta el cuello la botonadura. Con el saco y las gafitas de pasta recuerda a Bernardino Vaca, de la peluquería Nuevo Lux, en la calle Diez de Noviembre. Mariela, ven. El sombrero y los bigotes la asustaron.

— Llegas tarde.

Con la urgencia ni la puerta cerró. El candelabro en forma de pez también. ¡Bigotes más grandes! ¡Y el sombrero ganó premio en el carnaval! Dos plumas de colores donde la visera cierra la frente. Como cola de gallo se enroscan. Un peine en el bolsillo del saco. ¡Las puntitas de la tijera también! ¿Ahorita al peluquero llamaron?

— *Mocco, Kaykunastaqa ma allillaqunqachu. ¿Wairatachu uyarinky? ¿Uj sipatachu? ¿Alqutachu ayarinky?*

Habla con ronquera y tono de enfado pero pone cara de peluquero servicial. Le preguntó a Mocco por Mariela, por Quytu también. Como quien encontró algo inesperado. Sonríe a Marielita. Las mejillas asoman por encima de los bigotes. Rosadas y grandes las mejillas, le achinan los ojos. De las gafitas diría que Bernardino se las prestó.

— Acompañan a Gilmar. Vendrán con nosotros.

¡Wa! Mocco entiende quechua. Le respondió sin dudar.

— *¿Gilmar? Ma ni pita reqsinichu chay sutykywan. A waway, amapuni pantaykuychu, ñuqa sumaj yachas Kashany. Ay waway fotosniykiry.*

Las fotografías dijo. ¿Fracasar? ¿Qué quiso decir? Está bien. Otro que conoce la desaparición de las fotografías pues. Mocco y el peluquero. ¿Cómo supieron si nunca lo conté? El peluquero lo llamó problema. Que lamentaba el problema dijo. Mejor preguntar ahorita, no empeore después. Pero el recién llegado apoya la mano en mi hombro. El anillo no puede ser más grande ni la piedra verde más verde. Faltaba ver acá un peluquero rico. El anillo quisiera Bernardino Vaca. Los dedos hundidos entre los huesos del hombro. La sonrisa levanta los bigotes, demuestra que

no desea mi daño. Al contrario, las gafitas de pasta le resbalaron por la nariz. Mirada de consolar. ¿Qué motivo hay? El sombrero no ayuda al consuelo. Me pregunto quién es.

—¿*Nichu pitaq kany tapurikunkychu? ¿Maimanta kay luk'u Urquni?*

La boca abierta. Cara de sonsote. Que me fijaba en el sombrero supo. Los pensamientos te oyeron, Gilmarcito. La cabezota como la boca, siempre abierta. Dirán que el ánimo se me desinfló. Acércate, Marielita, no sueltes la mano, deja que las trenzas te coloque. Mariela lo observa con ojos asombrados, se esconde detrás de mí pero sin preocupación. Como juego. Tomará confianza y el anillo le pedirá. El reflejo de las velas brilla en la piedra verde. De fondo el zumbido, nada lo cansa.

— Gilmar, te presento a Zabala, el farero mayor.

Está bien. Ahorita corresponde una señal de cortesía. Inclino la cabeza. El farero Zabala me imita. Amables los dos, pero no tengo seguro que acepten preguntas. ¿La desaparición de las fotografías? ¿Qué las borró? El libro escolar se echó a perder. Los dos lo saben. Espero que me expliquen dónde nos encontramos. Preguntaré después porque al farero se le rompió la sonrisa. La ronquera de la voz endureció también:

—*Ma kay allin kashanchu, Mocco. Astawan Intiq yaykunanpata. Jatun kanchaykuna rispa chapanarikusuncheq, intiq llusinanpatamanta champakushan. Ichus intiq llusinanpata ripuyta munanky warataq mana jampuyta saqisunkichu.*

— ¿Hacia el norte?

—*Wayraq rinanta ma tijrakunqachu. Intiq Yaykunanpata chantataq intiq chayananpata, jinatataq tanqarinqa, tumpitawan tumpitatawan sumaj kananqaman chayninta apasunqachis, wayrayuq wampurinkycheq mana chay risanmanta, paqataq barkuyky chhapunarikunqa. Mocco, Intiq chaypunchau chayananpata, astawan champa kan.*

— ¿Permitirá alcanzar los faros?

—*Mocco, Kaykunastaqa ma allillaqunqachu.*

Peligro dijo. La motobarca sin resistencia dijo. Los vientos en contra, antes de la tormenta. Mocco pretende llegar a los faritos y

Zabala no lo aconseja. El regreso no está seguro. El viento, de grado en grado dijo. Si entiendo bien se trata de navegar. La primera oportunidad de navegación. Navegar de grado en grado. Mariela, guapita, ¿te apreté la mano? ¿Te apetece la navegación? Escucha.

— ¿Qué opción queda?

— *Chayninta Intiq yaykunanpata. Mana wayrawan rinaniyky-chu tian. Usqayta llusqiyichis. Jataun kanchastakama chayanaykichis tian. Barkuyky usqay chayamunqa paykunancama. Tawachus, pisqachus jatun kanchanasta rikhurinkychis, chantataq usqay uraqanankicheq tian, mapaykycheq kanchanarinqa. Tawachus, pisqachus pantarinkycheq, chantataq wayra Quyturinga intiq chayananpataqkama ajinta wayrayuq saqenky. Noqa suyarisaykicheq kutinankamapacha.*

Está bien. Además de peligro hay prisa. El farero aconseja salir cuanto antes. Contra el viento. Visitar cuatro o cinco faros dijo. Cuatro o cinco errores dijo también. Luego nos esperará. Mocco se puso a pensar. Abre el cuello del uniforme, lo ensancha para pensar mejor. La mano en el mentón, el codo sobre la otra mano. Si no fuera negro diría que Bolívar volvió. Mira al farero sin gana de mirarlo. La vista en otro sitio. Me refiero a la visión de Mocco, que ahorita vuelve los ojos hacia Mariela. ¿Qué sucede, Mariela? Mocco levanta las cejas, la negra frente se le arrugó. ¿Qué pasó con Mariela? No mostraba antes esa preocupación. La mano al botón del uniforme. Mocco lo manosea. ¡Viste el uniforme de Bolívar, carajo! No llamaré a eso un gesto militar. La vista de nuevo alejada. Empiezo a creer que lo vencieron las advertencias de Zabala. Si Mocco se rindió a las palabras del farero mayor, Marielita y yo nos rendimos también. Quizá nuestra primera navegación deba esperar otro momento pues.

— Es el momento, Gilmar.

¿Ahorita? Guardé silencio, como tata nos enseñó. Callaba porque se muestra mala educación si se interrumpe a los adultos, porque el miedo me ganó según se enredaban las preguntas en mi cabeza y porque asusta el viento que atraviesa la tronera y me pone nervioso que Mariela y Quytú jueguen como si nada pasara.

— Mocco, ¡no aprendimos la natación!

El farero Zabala se ajustaba el sombrero de plumas. La primera vez que ve un niño parece. Mocco deja de colocarme la mochila, levanta las cejas. ¿Qué pasó, por qué sonríe? ¿El farero sonríe también? ¡Lo encontraron gracioso, Mariela! No te sueltes, guapita. Si hace falta lo repetiré: ¡no sabemos nadar! ¡Y la previsión del farero Zabala no da confianza a la navegación! Afuera oscureció como en los túneles del Cerro Rico. El viento no parece muy de acuerdo con la idea de navegar contra él.

— ¡Y nunca conocimos el mar!

Me equivocaba cuando creí verlos sonreír. Una expresión de disimulo no más, antes de la mueca de profesor que a Mocco se le puso.

— Gilmar, no te apures.

Se compadecieron de nosotros, Marielita, sintieron el apuro que me llenó la boca. El farero se ajusta las gafas, se inclina hacia mí. O me equivoco o desde que se presentó en la sala los bigotes se le agrandaron. Ahorita le vino acento de autoridad:

— *¿Wayrunquta challaku Wampuy? Ma yaku kanchu mama-quchayniykupi.*

Sin agua en la *Costa de las Abejas* dijo. Que su mar no tiene agüita.

— ¿Vuestro mar? ¿A qué mar vinimos pues?

Mocco plantó delante de mi cara las palmas de las manos. Tan claritas para un negro. Cruza las manos. Está bien. Fin de la conversación. No más preguntas, no más respuestas. Urge abandonar la sala. Mocco se ajusta el cuello, tira de las mangas del uniforme. Los cordones dorados de las charreteras bailan. Mocco tomó el mando. Las charreteras, Marielita. ¿Vos te acuerdas cómo aprendimos qué son? Una racha de viento ingresa en la sala, con la decisión de partir ingresó. El viento rodea la mesa, amenaza nuestras luces sin apagarlas. Mocco dirige al farero un gesto cortante en el que las palabras estorban. Navegar. Mejor cuanto antes, como luego comprobé. Sin tiempo que perder. Quedó claro a quién otorgaron mayor autoridad, quién asume la responsabilidad. Para navegar se vistió de Simón Bolívar. De gala para la ocasión. Lástima que falte el sable. Su promesa habría ganado solemnidad:

— Gilmar, conoceréis el mar, más tarde. Cíñete la mochila.

Más tarde dijo. Sin tiempo para preguntarle cuándo. Si alguno pensábamos detenerlo, Mocco no lo consiente. Ha llamado a Mariela. Levanta el candelabro de la mesa. ¿Vas con él? Marielita me suelta la mano. Cuidadito, sé respetuosa, no molestes a los señores. Qué extraño que Mariela eche los brazos al cuello de Mocco sin mostrar temor.

Cera y sal

— ¿Por qué el viento no apaga la llama?

Ni Mocco ni el farero contestan, atentos a los resbalosos peldaños. El zumbido creció dentro de la escalera. Las ráfagas de viento ingresan en el interior de la oscuridad. De mina la oscuridad, de mina en el Cerro Rico. Atraviesan las troneras con violencia, las paredes golpean, giran, se suman a corrientes que recorren de arriba abajo la escalera circular. En las grietas de la pared se deposita la misma sal del tramo anterior. Una suerte que ninguna de nuestras velas se apague. Mejor no pensarlo. Al pasar junto a cada tronera trato de ver si permanece la luz de los faritos. Demasiado oscuro afuera también. Marielita, no te asuste la oscuridad, a vos acompaño. En primer lugar el farero Zabala. Quyitu y yo después. Mocco cierra el grupo, con Mariela en brazos. De cuando en cuando me vuelvo hacia ella. Mariela, ¿tienes frío? El sombrero, no lo vuelen las corrientes. En cuanto pueda te esconderé los mechones de la frente. Ánimo, date fuerza, machita. Ya llegamos, Mariela. Cámara de servicio el farero Zabala la llamó. Mocco me responde entonces:

— Gilmar, nuestras velas son diferentes.

Una sala circular, una entrada no más. De vuelta habrá bajada pues. Nuestras luces se reflejan en las paredes, tan húmedas. La sal sucia llena las grietas entre los bloques. ¿Más olas de peces? Los mismos baldosines. En el centro de la sala un mueble circular, de suelo a techo y todo cubierto de orificios. El viento afuera quedó. En su lugar un quejido de resortes. Desde el interior del mueble resuena esa queja. Quyitu no para de olfatearlo. Como

de hambre. Quietito, Quyitu, no molestes. De uno de los orificios del mueble el farero Zabala una vela extrajo. Quyitu se acerca a olerla. Enorme. Quyitu retrocede con desagrado.

— *Wayrunquta challaku ni jaykaq kanchata ñawirinqa, yana llanthuya. Ni jayk'aj t'ika poqunqachu. Ñoqayku wayrunquchis mana samarispá cerata ruasanku, ma samarispapuni.*

Está bien. La oscuridad domina la *Costa de las Abejas*. Ninguna luz. Cera fuliginosa dijo. Las abejas no paran de fabricarla. Las palabras del farero sirven de poco. Velas de cera fuliginosa. A esta tallaron la ola de peces. La vela enorme. Mocco me alivia con confusas explicaciones:

— Sal, como en todos los mares, Gilmar. Pero esta sal cristaliza a partir de la oscuridad. Surge a lo largo de la *Costa*, con el tiempo se deposita en oquedades y grietas, de donde la recogen incansables abejas. Una vez alimentadas de sal, segregan la cera que Zabala llama fuliginosa por originarse gracias a la oscuridad, auténtica oscuridad cristalizada. Gilmar, el faro es una enorme colmena. Zabala y otros fareros como él se entregan al cultivo de las abejas, cuidan los panales, recogen la cera y elaboran las velas.

— ¿Cera de sal?

— Te dije que las velas de nuestros candelabros son diferentes. La oscuridad enriquece su llama.

Está bien. Asiente, Gilmarcito, no sospechen que te perdiste a media explicación. Oscuridad cristalizada. Abejas que se alimentan de sal. Llamas que nunca se apagan. ¿Qué palabra quechua dice mamitay cuando quiere decir *extraño*? O se me escribió en la frente o Mocco la vio aparecer en mis pensamientos:

— Gilmar, aunque te extrañe trata de buscarle sentido. La diferencia ocasiona lo nuevo, a veces lo magnífico. Las soluciones más ingeniosas nunca surgen de lo habitual. En adelante recibe lo infrecuente con disposición abierta pues la necesitarás. ¿No considerabas extraño que las imágenes de tu libro desaparecieran?

— ¿Y cómo lo descubriste vos?

— ¿Comprobaste si los demás veían las fotografías que creías

desaparecidas? Quizá tú causes lo que produce extrañeza. ¿Nunca pensaste que las imágenes permanecían intactas mientras eras incapaz de verlas?

— ¿Intactas?

— ¿Dudas?

— ¡Mocco, las fotografías siguen en el libro!

— Te aseguro que no.

Recién me vino el cansancio. Como palear una tonelada de minerales, cruzar el Cerro Rico empujando el carro metalero. No se cansen tan pronto, señores, dice don Aquiles cuando se nos pone cara de confusión. Pero siento en la cabeza todo el cansancio de tata cuando sale de la mina. La confusión me tumbó. Mariela, ¿lo comprendiste? Vos eres demasiado pequeña. Esa ocurrencia. Ni lo pensé. Que yo no más veía desaparecer las fotografías del libro.

— ¿Qué las borra, Mocco?

Pero Mocco se ocupa en entretener a Mariela, me deja solo en el fondo del cansancio. Por favor, Marielita, no molestes ahorita. Le tapa la boca con la mano y Mocco hace broma de comérsela. Mariela se ríe. ¿No es extraño también? Mariela, las trenzas. Nada la afecta.

— Lo ignoro, Gilmar. Hemos venido aquí para descubrirlo.

El farero Zabala pone el pie en la escalerilla de hierro, anclada a la pared, al fondo. De nuevo subir. La trampa se elevó mediante un resorte de mano descolgado del techo. El ingreso en la zona superior resulta dificultoso. Desde arriba el farero toma a Mariela, a Quyitu, el candelabro de Mocco. La oscuridad abajo quedó. ¿Qué quiso decir? Debí contarle a mama y tata. Sin culpas. Que el libro escolar se dañó. Poquito a poquito le asomó el daño, como usado de más. No le faltaron mis cuidados. Pero cada día más apagaditas de colores, más blanquecitas hasta desaparecer las fotografías. Cada día menos fotografías en el libro, cada día un libro peor. ¿Y cuántos bolivianos costó? ¿Qué explicación darían mama y tata en la escuela?

— Sube despacio, Gilmar. La trampa se ha atascado.

¡Wa! Dale, dale, Marielita. Abre bien los ojos, guarda la vista. Mira para que después lo cuentes a mama y tata. El faro, Mariela. ¡Cuan-

do seas viejita lo recordarás todavía! Zabala lo llama linterna. ¿Una palabra quechua para este lugar? Si mama y tata estuvieran acá no querrían bajar. Como vivir dentro de una joya. Celditas de vidrio, de seis y cuatro lados, triángulos de cinco, de nueve, de siete lados. La joya de las abejas. Como vivir en un panal de vidrio. La linterna del faro. El vidrio nos envuelve. Afuera la oscuridad. Lucecitas no más. Acá brillan más fuerte. La maravillosa linterna. La joya del faro, como de abejas la construcción. Mariela, guapita, asómate. No ensucies el vidrio con las manitas. Míralas brillar.

— ¡De distintos colores!

— *Sapa wira llank'ador ujqtaq ruan. Paininta ruasqaykuta. Sapa jatun k'anchanas mana kikyn Kanchu luwray ujnintaj kan. Sapa jatun k'anchana ujnintaj k'ancharimun.*

Cada farero elabora su propia cera. Un tipo de velas en cada faro dijo. Llamas diferentes también. El farero indica las enormes lentes. El centro de la linterna. El secreto de la joya. La celda de la abeja madre. Lentes gigantes. Un pequeño habitáculo cerrado por las lentes.

— ¡El giro, Gilmar!

Zabala señala dentro del habitáculo, hacia el piso. En cuanto ingresé en el habitáculo el giro me arrastró. Las lentes encierran una plataforma rotatoria. Giran en torno a un eje, despacito pero sin descanso. Giran las lentes y la plataforma. Giramos a la vez. El farero prende la vela enorme. No caben más velas ya prendidas, ni más luz cabe dentro del habitáculo. Filas de velas, a poca distancia de las lentes, en celdillas de metal brillante. Da dolor mirar esa luz. Velas como la que trajo el farero Zabala. Detrás de cada vela un espejito, de metal también. Cientos de reflejos pues. Tata diría que acá crearon más luz de la que prendieron. Los espejitos devuelven la luz de las velas hacia la lente. Varios espejitos por cada vela. La lente agranda el efecto luminoso. La luz atraviesa los vidrios de la linterna. El faro pues. Al exterior la luz de las velas de cera de sal. La multiplicación de la luz en el panal de vidrio. Ahorita se comprende por qué se transparentan las paredes de la linterna. En el interior del habitáculo sobran los candelabros. Zabala deja el suyo sobre la mesa. ¡Wa! ¿Por qué no

gira la mesa? Mocco sienta a Mariela en el borde y Mariela empieza a girar. Cuidadito, no pierdas el sombrero. ¿Te divierten las vueltas? No, vos no das vueltas. El habitáculo gira a tu alrededor.

— Gilmar, camina. No te detengas.

Está bien. Camina, Gilmarcito. Camina para no avanzar. Si te paras vuelves atrás.

— Mocco, ¿debemos caminar siempre?

— Sí, hemos venido para pensar.

Otra mesa de seis lados. Bajo la mesa crujen piezas de madera y metales, un chasquido como de mecanismo pendular también. Ahorita tic, ahorita tac. El reloj en el despacho de don Adelio Quiñones, aunque más fuerte. Los bordes de la mesa se remataron con incrustaciones de madera clara y oscura. La combinación de maderas imita una ola de peces, hacia un lado y otro la natación de los peces, grandes y pequeños. En cada ángulo coinciden los peces mayores. Seis peces de madera más oscura que las demás. ¿Quién trajo la mesa hasta acá, subiendo la escalera circular? Moco y Zabala conversan. Señalan las figuritas de la mesa, desordenadas. En el centro de la mesa de seis lados alguien las puso.

— ¿Abejas?

— Observa la *Costa*, Gilmar. Cada abeja sobre el mapa señala la posición de un faro.

Toda la luz del habitáculo brilla en la cabeza rapadita. La piel negra de Mocco resplandece. ¿Negra y brillante? El uniforme no resplandece menos. Zabala deja el sombrero sobre la mesa. El farero cierra los ojos cuando se ajusta las gafas. Creí que le colocaron dos plumas pero son tres las del sombrero. Una pluma amarilla, otra roja y otra verde. La bandera nacional boliviana. Caminamos. ¿Ondeará la banderita nacional afuera? Bolivia dando luz, iluminando la oscuridad pues. Zabala apunta a las abejas. Aquella y aquella, aquella abejita también. El farero explica:

— *Allinta uyariy, lloqalla. Chay jatun kanchanas mana chaysitupi challuku nisasunky, pantaykunky nisasunky.*

Está bien. Trataré de repetir. Los faros de la *Costa* no señalan la costa. Que iluminan otras cosas de la navegación, avisan de equivocaciones dijo. Me gustaría que Zabala se explicara mejor.

—*Allinta uyariwankychu manachu, watiqmanta nisayky. K'anchata jatun k'anchanas yuyaritektuta sumaq k'ancharin, sapa k'anchay pantarparinky nisasunky.*

La luz de los faros ilumina al navegante que piensa dijo. Avisan de errores repitió.

—*¿Imataq sapa wayrunqu kay jamp'arapi ruashan?*

Zabala se pregunta ahorita qué representa cada abeja.

—*Chaynin kaspera Jatun k'anchana. Uj k'anchay pantarparinky nisan.*

La posición de un faro se responde. Una luz que te advierte de un error dijo también.

—*¿Imataq k'ancharishan? Yuyaynincheq ma chaita rinaykychu tian.*

Zabala se pregunta qué ilumina el faro. El pensamiento que no debes seguir respondió.

—*¿Imarayku mana chay jatun k'anchana ririna tian? Imarayku mana allin yuyaynincheq kasan. Jatun k'anchanas k'ancharinku sapa pantaykuna. Sapa uj mana chaita rinkuchu nirin.*

Ahorita a poquitos la boca se me abrió. Un defecto de la personalidad lo produce según don Adelio. A mamá y tata avisó de mi defecto. Le sucede con frecuencia, vigilen al niño les dijo. Con innecesaria frecuencia dijo también. Don Adelio quiso decir que se me abre la boca muchas veces. La boca se me abre mientras decido, cuando dudo, cuando no comprendo, si me asusto, al escribir en clases de dictado, cuando me preguntan si seré minero también. Esta vez porque no entendí. La boca abierta se quedó. Según Zabala la luz de los faros no debo seguir. Ideas incorrectas a los faritos llamó. Luces de errores. ¿Se entendió? El farero espera algo y me lo pide con la mirada. ¡Wa! A punto cuando me quedé sin saber qué decir estalla un ruido bajo la plataforma rotatoria. Como golpe de resorte. Mocco y el farero Zabala ni se alteraron, siguieron en conversación De repente el giro de la mesa se detiene.

—*Ajinataq kan.*

Está bien. El farero quita importancia. Con el parón del hábitculo vino el silencio y el ruido del viento después. Afuera el viento contra los vidrios. Marielita, no te asustes. La atracción de